

## GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ

Dos predisposiciones enfermizas parecen caracterizar la índole moral del presente siglo: la duda y la melancolía. Si los espíritus débiles y mal dirigidos se encaminan fácilmente de la duda a la incredulidad, las almas que carecen de energía se dejan arrastrar con no menor blandura, de los peligros de la melancolía a los abismos de una tristeza incurable. Tal aconteció a Gregorio Gutiérrez González, hombre de alma singularmente sensible, que en su juventud vivió siempre melancólica y llena de timidez, y que por falta de energía, de fuerte voluntad cayó en los íntimos dolores de la tristeza, y asistió prematuramente a la decrepitud del cuerpo que la abrigaba. Jamás se vio contraste más patente entre la juventud de un alma, la juventud del sentimiento, y la tristísima vejez de un cuerpo agobiado por la más prematura decadencia.

### I

Más de quince años há que escribía yo, bajo el título de *Reminiscencias*, la historia íntima y anecdótica de mi país, según mis personales impresiones, comprendiendo en mis recuerdos únicamente la época transcurrida de 1840 a 1857. En una de mis notas decía, hablando de Gregorio Gutiérrez González:

“Desde el tiempo de nuestros estudios de jurisprudencia (1843 a 1846 inclusive), este condiscípulo

pulo a quien familiarmente llamábamos el *Antio-co* (1), era un hombre verdaderamente curioso y original. Su temperamento moral estaba en completa contradicción con su origen y sus hábitos. Era antioqueño y gran poeta por nacimiento, dos naturalezas generalmente inconciliables; tenía imaginación riquísima y soñadora, que se ponía de manifiesto con el lenguaje y estilo más floridos, y era desaplicado, perezoso y tímido; amaba con increíble vehemencia, con singular ternura y entusiasmo, y carecía de audacia para amar, y de fuerza de voluntad y resolución para las cosas más triviales de la vida. Tenía alma bella y magnífica, religiosa y amante por excelencia, y rostro y cuerpo flacos, feos y desairados; su espíritu volaba muy lejos, pero con una intrepidez puramente interna, y el semblante se le sonrojaba por la menor cosa, como si tuviese la timidez pudorosa de una niña.

“Gutiérrez González había nacido esencialmente poeta, y era fiel a su vocación; por lo que detestaba el derecho romano y todos los códigos y libros de jurisprudencia, y sus lecturas favoritas eran sólo de obras literarias. Y, ¡cosa singular!, vivía suspirando y riendo al mismo tiempo; con frecuencia se le escapaban involuntariamente lágrimas reveladoras de un dolor oculto, en medio de conversaciones baladíes; y su musa le inspiraba alternativamente las endechas sentimentales y los más burlescos epigramas. Recuerdo que una noche, en 1845, casi a la una de la mañana, logramos juntos hacernos abrir la puerta del cementerio principal

---

(1) Nació en La Ceja (Estado de Antioquia) el 9 de mayo de 1826,

y de emitir sobre ellas graves y profundos pensamientos. Tenía siempre en los labios algo como una vaga sonrisa que, no atreviéndose a ser risa burlona, se medio dibujaba apenas como un tímido gesto de descaecimiento. En los ojos, como bañados por una impalpable sombra, huella de secretas lágrimas; dejaba ver siempre una expresión de dulzura, timidez o rubor y melancolía, reveladoras de una alma en la que coexistían ¡cosa extraña!, las tempestuosas violencias del ensueño y del amor nunca satisfechos, y la serenidad inconsciente de la indolencia, o sea de la falta de voluntad para *buscar* lo soñado y de energía para vivir... En fin, en la frente, muy elevada y abultada, deprimida en las sienas, y desde muy temprano confundida por la calvicie con la cima del cráneo, mostraba todos los rasgos característicos del poder imaginativo, de la tendencia a la meditación vaga y soñadora, del espiritualismo aliado a la más delicada sensibilidad, y de una como *molicie* intelectual que llegaba hasta el abandono de las cosas más serias y prácticas de la vida.

En 1857, cuando apenas contaba seis lustros de vida, Gutiérrez González tenía el aspecto de un anciano gastado y enfermizo: estaba muy calvo, blanco de canas, demacrado y casi hecho un esqueleto. Era mi colega en la Cámara de Representantes; llegaba tarde a las sesiones, permanecía siempre silencioso, y jamás llegó a pedir la palabra. Se debatía entonces nada menos que la más grave cuestión posible: la conversión de la república (unitaria en su mayor parte) en Confederación de Estados con amplia autonomía, y votaba en favor de la reforma diciéndome: "Voto por la federación, porque la quiere el pueblo de Antioquia, a quien represento; pero la federación y la centralización me

son igualmente indiferentes; no creo en la república ni en ningún gobierno; la democracia me parece ser un modo de gobernar las minorías con el voto *aparente* de las mayorías; y nunca he podido pensar con seriedad en estos juegos de la ambición y ficciones de los partidos que llaman *problemas políticos*. Lo único digno en este mundo de merecer los pensamientos del hombre es el *amor*; y sin embargo, el amor es un tormento perpetuo y un desengaño, cuando no una ilusión o una mentira...”

Doce años después, Gutiérrez González había hecho ya toda su carrera pública, sin ambición alguna ni entusiasmo por las cosas políticas, y ganado todas las glorias de su corona de poeta. A más de algunos empleos y comisiones locales de poca significación, había sido en Antioquia juez de Circuito y magistrado de la Corte del Estado, miembro de la legislatura antioqueña y representante y senador. Como senador, puso su firma al pie de la Constitución federal de 1858. Pero si había servido tantos empleos importantes, no por eso había hecho en realidad *carrera política*. Ni él tenía la pasión de un partidario, ni solicitaba los empleos, que servía con negligencia, pero sin parcialidad, ni creía en la eficacia de las leyes y la fecundidad de las luchas políticas. Vivía como en un mundo ideal, bien que adoraba a su familia; pero vivía de ensueños vagos y tristezas, de desengaños y desesperanza, de recuerdos y cansancio de la vida, no obstante la dulzura de su amor y la sinceridad de su fe religiosa. Era un joven todavía, por la edad y la fantasía, que vivía los tristes años de la ancianidad; era un anciano decrepito que, al pulsar el arpa de oro que le quedaba de su juventud, producía relámpagos de amor, que es juventud, y

ramilletes y guirnaldas de flores. . . ¡de flores que acaso hacía brotar de su plectro para que en breve le adornaran su tumba!

¿Por qué había envejecido tan prematuramente aquel cuerpo cuya alma contenía en alto grado la eterna juventud de la inspiración? ¿Le consumió acaso la llama misma de la pasión y la poesía? Creo poder explicar el fenómeno con varias consideraciones.

Desde luego, debe tenerse en cuenta que Gutiérrez fue desgraciado en su primera juventud. Sufrió sacudidas violentas y amargas profundas, debidas a su vehemencia en el amor, a su timidez de carácter, a su falta de aplicación a los estudios serios y de atención a las cosas prácticas, y a su desconfianza de la vida. Desde muy joven, cuando era alumno de la Universidad, le hicieron creer que padecía de una grave enfermedad orgánica del corazón. Consultó con un médico eminente, y éste le dijo: "Su enfermedad le hará morir a usted antes de un año."

Más de veinticinco años alcanzó a vivir después de haber escuchado tan terrible pronóstico; pero su vida fue como la del sentenciado a muerte puesto en capilla. Tanto le impresionó su sentencia, que perdió toda confianza en la vida; creyó vivir como de prestado y a virtud de una prórroga engañosa que en cualquier momento podía finalizar; y renunciando a todo resto de voluntad, sin luchar con las dificultades ni dominarse a sí mismo, se dejó llevar por la ola de la desgracia, como el naufrago que, no alcanzando a ver la ribera ni quién pueda salvarle, desfallece de ánimo más que de fuerza física, y reduciéndose a la inmovilidad se deja llevar por la corriente al insondable abismo...

Por otra parte, Gutiérrez tuvo la desgracia de nacer eminentemente poeta, es decir, sublimemente visionario, en medio de la sociedad menos idealista y poética del mundo. La raza antioqueña es muy inteligente y emprendedora, vigorosa y apasionada, valerosa y *patriota*; pero en lo general su patriotismo es puramente local, su valor no es expansivo, sino que se aplica a la defensa de lo propio, y su inteligencia y vigor, su ardorosa pasión y espíritu de empresa sólo se desarrollan con verdadera energía en la creación de riqueza y su conservación. Seguramente Gutiérrez se sintió impotente para abrirse camino entre sus compatriotas; se halló desorientado con su poesía, su imaginación y su entusiasmo por lo bello y grande, en el seno de una sociedad generalmente honrada, frugal y laboriosa, pero sin ideal ni tendencias espiritualistas; y abrumado y desalentado, ni pudo vivir como antioqueño, ni supo luchar con los dolores y desengaños del poeta.

Pero acaso la más verdadera de las reflexiones a que dan margen la dolorosa vida y prematura muerte de Gutiérrez es ésta: su naturaleza careció de equilibrio; nació desquiciada, y nunca tuvo la reacción necesaria. Entregarse únicamente a la pasión, como Abelardo, o exclusivamente a la melancolía, como Werther, es abdicar a una gran parte de los derechos de la vida, olvidarse también del sublime deber de la lucha, y a vivir a medias, incompletamente, sin la energía de voluntad que equilibra, gobierna y dirige con provecho los impulsos del sentimiento. El ideal es una gran cosa: es lo infinito de la vida; la imaginación es un tesoro: es la audacia del alma; el sentimiento es un divino resorte: es la moralidad de la pasión; el entusiasmo es una gran belleza interior: es la belleza de

la admiración generosa; pero el ideal, la imaginación, el sentimiento y el entusiasmo sólo inducirían a errores, o a verdades incompletas y actos muy defectuosos, si la idea suprema del deber y el poder de la razón hecha criterio y análisis, no templasen en nuestra alma los ímpetus puramente afectivos y fantásticos, en términos de hacernos recobrar el equilibrio entero del alma, puesto en fiel entre lo teórico y lo práctico, entre lo ideal y lo posible, entre lo espiritual y lo positivo. . .

En suma, la vida, el carácter y todas las condiciones personales de Gregorio Gutiérrez González se resumieron en esta sola palabra: fue un poeta, y vivió, pensó y murió como tal. ¿Pero qué clase de poeta fue? ¿Alcanzó en Colombia la popularidad merecida? ¿Será efímera su gloria? No es pertinente el hacer, en un simple boceto biográfico, el juicio crítico de las obras del poeta; por lo que solamente emitiré las apreciaciones generales más indispensables.

### III

Gutiérrez ha sido principalmente considerado como poeta lírico sentimental, y sin disputa, a causa de esto, ha sido por excelencia el bardo predilecto de las mujeres colombianas, y acaso el más conocido y simpático de nuestros poetas, en Hispanoamérica. Sin duda que fue un poeta esencialmente lírico, según la índole de su fantasía y de su versificación; pero se incurriría en un error si solamente se le calificase de poeta sentimental. Con algunas de sus composiciones (particularmente las intituladas *Una visita*, *Tresillo*, *En un álbum*, *A mi vecina*, *Fragmentos de una carta*) puso de manifiesto su talento de observación y su aptitud para la sátira fina y sin mordacidad, es decir,

para la inteligente crítica de las costumbres. En multitud de estrofas dejó despuntar, a través de cierta ligereza ostensible, un espíritu capaz de remontarse a las altas concepciones de la filosofía.

Pero si por sus composiciones líricas, generalmente sentimentales, mereció muy justa popularidad, tanto más cuanto fue pródigo en escribir páginas de *álbum* (lo que siempre agrada mucho a las mujeres), su obra maestra, su mejor corona, a pesar de no pocos defectos de estilo, fue el admirable poema sobre el *Cultivo del maíz*, que él modestamente llamó *Memoria*. En este canto se mostró Gutiérrez poeta superior por su talento descriptivo y rica imaginación; pues supo adunar a la verdad completa de los hechos un esplendor de imágenes lleno de originalidad y belleza, una gran soltura de dicción y un profundo y sencillo sentimiento de la magnificencia con que se desarrolla en Antioquia la naturaleza tropical.

Muy lejos estoy de reputar como perfectas, ni con mucho, las poesías de Gutiérrez González. En todas ellas se patentizan el sentimiento, la inspiración y la fuerza mental del verdadero poeta; pero en ninguna brilla el literato. El tenía poca instrucción literaria, y era como un literato *in pectore*, por la inclinación, mas no por el estilo. Indolente por organización, se cuidaba poco de lo correcto de las formas, y hacía consistir la armonía de sus hermosos versos casi únicamente en la suavidad del pensamiento y la cadencia del ritmo. Descuidaba tanto la prosodia, que en realidad muchos de sus versos no lo son, por incorrectos, al pronunciarlos conforme al rigor de las reglas.

Este defecto de incorrección es mucho más notable y de sentir en el poema sobre el *Maíz*. El poeta



mismo, en la especie de prólogo con que lo presentó a manera de *memoria*, dijo con desembarazo:

No estarán subrayadas las palabras  
Poco españolas que en mi escrito empleo,  
Pues como sólo para Antioquia escribo,  
Yo no escribo español sino antioqueño.

Y así es en realidad, en mucha parte: el poema fue escrito casi en *antioqueño*, y para hacer inteligibles muchas de sus palabras y expresiones, fuera de Colombia y aun solamente de Antioquia, sería necesario subrayarlas y explicarlas con notas que corrigiesen su provincialismo.

Y sin embargo, tan dulces y bellas fueron casi todas las estrofas del bardo antioqueño, que sus defectos de prosodia y faltas de casticismo son de poca monta. Aquellas estrofas, llenas de sentimiento y vida, de originalidad y calor, vivirán siempre en los hogares colombianos, como la más nacional expresión del amor, de la tristeza, del dolor recóndito y de la admiración por todo lo bello. Gutiérrez González ha sido el menos literato talvez, pero, sin duda, el más tierno y *nacional* de nuestros poetas. Por eso fue tan popular y sus estrofas han sido tan cantadas al son de la guitarra y la bandola; por eso es inolvidable, y su nombre tiene y conservará un lugar predilecto en el corazón de los que aman el amor, sienten la poesía y palpitan con el alma de la patria. ...

#### IV

Profundo fue mi dolor el día que recibí la infausta nueva del fallecimiento de Gutiérrez. Mi musa, que si es tan inferior a la del bardo antioqueño, por la inspiración, no lo ha sido jamás en lo tocante a la espontaneidad y fidelidad del sentimiento, le dedicó una elegía que era la pura ex-

presión de mi dolor. Permítaseme reproducir algunos fragmentos de aquel canto que fue un justo desahogo.

Aludiendo a un episodio de la juventud de Gutiérrez, decía yo:

Vivo el recuerdo está: tal me parece  
 Ver tu frente poética inclinada  
 Sobre el inmenso abismo  
 Del Tequendama! y mudo se estremece  
 Mi corazón, sintiendo tu mirada  
 Sondar con estoicismo  
 De la cóncava sima los profundos  
 Senos, que puebla el colosal torrente  
 Con su turbión de espumas estridente...  
 Despreciando el peligro allí te veo,  
 Cual si medir quisiera tu deseo  
 Con el coloso airado  
 Que al sepulcro se lanza destrozado,  
 La catarata que secreta hervía  
 Y en tu gran corazón atormentado...  
 En tu rauda, opulenta fantasía  
 Cual en la tierra que nacer te viera  
 En el seno de altísimas montañas  
 Reina el verdor de eterna primavera,  
 Y brotan de sus ásperas entrañas  
 Auríferos torrentes  
 Al lampo tropical del sol de estío;  
 Así tu musa de inspirado aliento,  
 No obstante su dolor hondo y sombrío  
 De eterna juventud alzó el acento;  
 Y al pulsar tu laud blando y sonoro,  
 Manantial de dulzura y armonía,  
 Brotaban cual diamantes  
 Y luminosas chispas de ámbar y oro,  
 Himnos de inagotable melodía,  
 Nobles, tiernos, dulcísimos y amantes;  
 Magnífico tesoro  
 Que iluminaba ardiente  
 La devorante llama de tu mente!

Refiriéndome después a la desdicha que desde su juventud le había probado, revelada, entre otras bellas composiciones, con aquella que intituló *La Desgracia*, añadía yo, con alusión al "maldecido arcángel":

Al fin te abandonó... Mas fue a la entrada  
 Del mundo de las fúnebres memorias,  
 Do al fenecer tu terrenal morada,  
 Si pudiste contar divinas glorias  
 Que tu ingenio alcanzó, también de espinas  
 Viste a tu amante musa coronada,  
 Llorando arrodillada  
 Al pie de las ruinas  
 Que de tus mil sublimes ilusiones  
 Dejó el Dolor dispersas a montones...  
 Alma de fuego y corazón de niño,  
 Joven apenas, tu dolor de anciano  
 Cubrió tu frente con el triste armiño  
 De precoz senectud; y fue el arcano  
 De tu angustiada vida  
 Aquel constante y singular combate  
 Entre la Musa del ardiente vate  
 Con la corona del amor ceñida,  
 Y el Desengaño, que implacable y rudo  
 Desalentó tu mente;  
 Dejando en las arrugas de tu frente,  
 De su rigor sañudo  
 Honda huella, fatídica y temprana:  
 ¡Huella que al menos esconder no pudo  
 De tu genio la lumbre soberana!"

Un día, ya desfalleciente, el amante poeta sintió que se acercaba su momento solemne; preparóse a morir como cristiano, se hizo rodear de toda su familia, al pie de una ventana por donde penetraban los rayos del sol poniente, y asido a un cruci-

fijo y contemplando el cielo, el bello y magnífico cielo de Medellín, se durmió para siempre en los brazos del Señor, en el sublime momento en que, ocultándose el astro de la vida y la esperanza, faltaba a sus ojos entreabiertos la luz de este mundo de dolores. . .

Su vida fue incompleta y dolorosa, pero no estéril. No sin razón le dio mi acongojada musa este último clamor:

¡Descansa en paz! y tu sepulcro sea  
Altar y monumento  
De la Diosa infeliz del sentimiento;  
Donde el errante pasajero vea  
La tierna poesía  
En cuyo nombre, amante  
Veló JULIA tu fúnebre agonía,  
Embelleciendo tu postrer instante. . .  
Y pues Dios en su seno misterioso  
Con su perdón supremo, piadoso  
La corona inmortal te dio, la Historia  
Comience para ti; justa escribiendo  
De tu vida la página, y diciendo:  
¡Paz a tu sombra y a tu nombre gloria!